

Próximo número:

El Valle de los Gigantes

Super-producción del malogrado "as" de la pantalla Wallace Reid, de excelente argumento, en que sobresale la fuerza de un amor puro y desinteresado, que lleva al triunfo.

Grandioso éxito.

Postal-fotografía:

Clara Kimball Young

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.

COLECCIONISTAS: Se están agotando los números publicados. ¡Pida los que le falten seguidamente!

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 38

25 cts.



**LO
QUE VALE
UNA MUJER**

por
Ruth Réwick
Filmoteca
de Catalunya

CABANNE, William Christy

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 38

(WHAT'S A WIFE WORTH?, 1921)
Lo que vale una mujer

POR
RUTH REWICK
Y
CASSON FERGUSON

Argumento de la película basada en la
comedia dramática original del cele-
brado actor inglés Mr. Cabanne.

Una tibia mañana de un domingo de Abril, abandonaban los fieles la capilla del lugar, después de haber cumplido con sus deberes religiosos.

La simpática y bella Rosa Kendall, símbolo y prototipo de todas las jóvenes de la pequeña ciudad, había sido educada en la más austera moral, y en la constante práctica de la religión.

Huérfana de padre y madre desde su más tierna infancia, Rosa había sido criada con mimo maternal por una tía soltera, que adoraba en ella, llamada Caridad.

Roberto Morrison residía en el pueblo hacía

ya algún tiempo, y, aunque ninguno ignoraba la viva simpatía que le inspiraban los niños, muy pocos sospechaban el cariño que sentía por Rosa.

Ese domingo, en que como las demás fiestas Roberto había ido á la iglesia y al salir de ella acompañó á Rosa y á su tía, esta última le invitó á comer con ellas, aceptando él, agradecido.

A través de todas las edades y entre todos los pueblos de la tierra, el verbo más universalmente conjugado, sobre todo en su tiempo presente, ha sido el verbo AMAR.

Después de la comida, Rosa y Roberto salieron al jardín que circundaba la modesta y coquetona casita en el campo, y no hicieron excepción á la regla de Amor. La apacibilidad del rincón del mundo en que sus corazones latían al unísono, bajo un cielo purísimo y lleno de luz, confirmóles la necesidad de vivir el uno para el otro amándose con la misma ternura que á cada encuentro ablandaba todo su ser, atravesando una deliciosa melancolía...

—Era indispensable, Rosa, que llegase este momento de bendita soledad para que tuviera lugar una mutua confesión... Yo la amo y soy dichoso desde que supe que usted me correspondía... Pues bien: ¿quiere usted ser mi esposa?

—Deseé con ansia que se decidiese á hablarme positivamente; y sólo he de decirle, Roberto, que si cree firmemente que yo le haré completamente feliz, acepto casarme con usted, pues por mi parte, sinceramente le entregué mi corazón cuando vino á mi por vez primera á despertar mi ilusión.

—¡Oh, Rosa; qué franqueza tan digna de admiración! Eres una completa mujer y nunca te

amaré bastante...

—Y yo seré para tí...

—¡Mi vida!

—¡Tu solo pensamiento!

—Ya lo eres...

—Vayamos á dar la buena noticia á tía Caridad.

—¿Sabes si ve con buenos ojos nuestras relaciones?



—Era indispensable, Rosa, que llegase este momento....

—¡No iba á verlo! ¡Si ella, pobre tía, y yo, hemos estado pidiéndole á Dios que te convencieras de cuánto te queremos!

—¡Oh, entonces corramos á su lado!

La tía Caridad se puso muy contenta, y como

Roberto había venido con los papeles debajo del brazo hubo que hacer á toda prisa los preparativos para la boda.

Rosa se preocupaba por confeccionarse ella misma el *trousseau* de novia, porque el tiempo de que disponía era relativamente corto. Tía Caridad la quitó esa angustia de encima sacando del fondo de un mundo un traje blanco precioso:

—Es mío, Rosa, y te lo regalo.

—¡Cómo, tía! ¿Dice usted que este traje de novia es el suyo?... ¿Pues no me ha dicho siempre que es soltera?

La cariñosa tía tuvo que inventar entonces un piadoso embuste...:

—Fué una broma, querida. Este equipo de novia es el de tu madre y tengo el capricho de que te cases con él. Póntelo ahora.

Pero lo cierto era que la pobre Caridad había estado á punto de casarse, en los lejanos días de su juventud, y que su aciaga estrella había destruido para siempre su felicidad... Precisamente el mismo día fijado para la ceremonia nupcial, minutos antes de la hora indicada, ella recibió una carta de un pariente de su novio. Dicho escrito decía lo siguiente:

"... el terrible accidente que ha costado la vida á su prometido sobrevino en el momento en que salíamos de casa para dirigirnos á esa con objeto de celebrar la boda. ¡El infeliz murió bendiciendo su nombre!..."

Amargas lágrimas se salieron de los rojizos párpados de la infortunada mujer, que Rosa, contagiada de la tristeza de su tía, supuso eran debidas á la natural emoción que la había causado el verla vestida con el sagrado traje de no-

via de su madre...

Y las dos mujeres, con hondo pesar y distinto motivo, lloraron, juntos, sino sus espíritus, sus rostros...

Algunos días después, Rosa recibió en su dedo, el simbólico anillo con que sueñan todas las doncellas...

Pero al siguiente día, llegó al pueblo un inesperado visitante, llamado Enrique Búrton, que se entrevistó en seguida con Roberto, en casa de su joven esposa donde le habían dicho estaba.

—Hola, señor Búrton —le dijo Roberto al verle, no sin sorpresa.—¿Le envía mi padre á enterarse de lo que es de mi vida?

—Me envía su padre, si señor...

—Permitame, señor Búrton, que le presente á mi tía. Tía, le presento al señor Búrton, el abogado de mi padre... Además, señor Búrton, le presento á mi señora... Nos hemos casado ayer.

Tras leves inclinaciones á las señoras presentadas, Búrton, más que amable, seco, notificó á Roberto:

—Roberto, tengo que hablarle unos instantes reservadamente...

—Perdonen ustedes... ¿Qué ocurre Búrton?

—Su papá está muy enfermo, y me envía á decirle que desea hablarle...

—Siento el contratiempo más que por nosotros, por mi padre, es muy natural. Ibamos á emprender ahora mismo nuestro viaje de novios... pero cambiaremos nuestro itinerario, y nos dirigiremos á casa de mi padre.

Reuniéndose con su mujercita, Roberto la dijo:

—Rosa, yo reñí con mi padre y vivía en el mundo como si él no existiera; por eso nunca

te hablé de él, ni le consulté á él acerca de nuestro casamiento; pero ahora que me llama, debo ir.

Algunas horas después, en la casa del padre de Roberto llegaba Búrton, que se había anticipado, desde la estación, á los recién casados.

Búrton penetró en el despacho del padre de Roberto cuando el doctor lo visitaba, y hubo de esperar á que el galeno terminase la práctica de su oficio.

Jaime Morrison, una eminente personalidad en el mundo de los negocios, había visto quebrantarse lentamente su salud á consecuencia del exceso de trabajo, y de los disgustos que su hijo le causara.

El doctor notó cierta mejoría en la dolencia de su cliente, que éste explicó con la siguiente razón:

— ¡Me siento perfectamente, mi querido Doctor, desde que recibí de mi abogado la noticia de que mi hijo venía á verme! Roberto tiene un carácter independiente, y por eso me propongo emanciparlo, y que se administre él mismo sus negocios... Además, le he buscado una bella y rica heredera para que se case y sienta la cabeza...

El abogado frunció el ceño... ¡Si D. Jaime supiera que su hijo ya estaba casado!

Roberto y Rosa llegaban en aquel instante á la casa. Evans, el mayordomo fiel á la familia, salió á recibirles.

— ¿Qué tal, señorito? ¡Me da alegría verle á usted!

— A mi también me place hallarte siempre tan sanote... A ver si adivinas quién es esta señora... ¿No?... Pues, ¡te presento á mi esposa, mi querido Evans!



— ... Nos hemos casado ayer.

—Mi cordial enhorabuena, señora. ¡Qué linda pareja hacen ustedes, mi querido señorito Roberto!

A poco, Búrton les salió al encuentro, y, tomando á parte á Ricardo, le manifestó:

—Su papá está delicado y no le conviene recibir emociones ni sorpresas... Sería preferible que aguardase usted algunos días para darle la noticia de su casamiento...

—¿Pero usted cree que está tan grave que no pueda presentarle á mi esposa?

—La sorpresa podría serle fatal...

—Está bien; en este caso seguiré su consejo.

Rosa se extasiaba ante la riqueza de la casa del padre de su esposo. Y comparándola con la modesta casona del pueblo, lanzó esta exclamación:

—¡Ah, Roberto, qué bello es todo esto! Tu padre debe ser muy rico...

—Sí, Rosa; y siendo yo su único heredero, todo lo que ves... y más, será tuyo...

Roberto y Rosa llegaron á una lujosa y amplia habitación á donde el primero se había hecho conducir por Evans, el mayórdomo.

En dicha habitación, muy á pesar suyo, Roberto, después de haber enterado á su esposa de lo que había decidido con el abogado respecto á presentarla á su padre, dió órdenes á Evans:

—Mira, Evans: te encargo que no digas á nadie una palabra acerca de mi esposa. ¡Ni siquiera á los criados! Es preciso que su presencia aquí sea un secreto para todos hasta que papá mejore.

Dirigiéndose de nuevo á su esposa, que per-

manecía tristemente callada, Roberto trató de consolarla:

—Es cuestión de pocos días... En cuanto desaparezca la gravedad, le diremos que nos hemos casado, y ya verás qué contento se pone cuando te conozca.

Sin más remedio que resignarse, Rosa se quedó sola en la habitación que sin él, Roberto, le parecía fría...



—Mira, Evans: te encargo que no digas á nadie....

Seguidamente Roberto entró á ver á su padre y, arrojándose á sus pies, le imploró:

—Papá, perdóneme usted los disgustos que le he ocasionado... ¡Ahora le prometo á usted ser un hijo modelol!

—¡Todo^o está [ya olvidado, hijo mío! Ahora, nueva vida. Tengo, respecto á tí, magnos proyectos... Oye, Evans: llama por teléfono á la señora Penfield y dile que ha llegado el señorito Roberto y que les invito á comer esta noche con nosotros... ¡y que no falten!

—Pe-o, papá, eso me parece prematuro... Aun está usted delicado... ¿no es verdad, doctor?

—Si, señor Morrison, me parece una imprudencia...

—¡Qué disparate! Yo ya estoy curado... ¡Me sentaré á la mesa con vosotros, aunque tuvieran que llevarme entre cuatro!

El inopinado restablecimiento de su padre, los proyectos de que le había hablado, y la rápida invitación á los Penfield dieron mucho que pensar á Roberto, que se dispuso á ponerse á la defensiva.

Llegó la noche y tuvo efecto la comida.

Los Penfield no habíanse hecho de rogar para asistir á la cena con motivo del regreso de Roberto.

La señora Josefina Penfield, que poseía abundantes pergaminos... pero muy pocos billetes de á mil, y su hijo Marcelo, se cambiaban interrogantes miradas cada vez que Jenny Penfield, hija y hermana respectivamente, hablaba con Roberto, que disimulaba el malhumor que le causaba el tener que estar separado de su esposa. Esta debía cenar sola, por el temor de que al padre de Roberto, conforme le habían avisado, le fuese fatal la noticia de su casamiento con ella, una provinciana sin dote.

Una vez, las miradas de la señora Penfield y del padre de Roberto se cruzaron y por ellas los dos padres comprendieron cuán felices serían si

podieran emparentar.

Y suponiendo que iba á proporcionar la dicha á que probablemente aspiraban Roberto y Jenny, el señor Morrison les habló, á la mesa, de esta manera:

—Hace tiempo, hijos míos, acaricio una ilusión y, si la señora Josefina no tiene que oponer ningún inconveniente, vosotros dos podeis hacer que mi ilusión se convierta en amable realidad...

Marcelo le guiñó el ojo á su madre (con un cuñado rico... no le faltarían nunca veinte duros).

Jenny, convencida, porque así se lo había enseñado su mamá, de que el supremo ideal de una mujer es pescar un marido con millones, sonrió á Roberto con fingida ingenuidad, y el pobre Roberto hubo de tragarse las palabras de confesión que amenazaban con salirse del borde de sus labios...

Después de la cena, que fué un suplicio para Roberto, Jenny, obligándole, por cortesía, á ocuparse de ella, pudo hablarle un momento á solas, en la biblioteca.

Por su parte, instigada por la curiosidad y aburrida de estar sola, Rosa se dejó arrastrar por un irresistible deseo de averiguar qué hacía su marido... y sus pasos, guiados por mano invisible, la llevaron cerca de donde estaban Roberto y Jenny platicando. Y Rosa por fatalidad de las cosas, oyó lo que Jenny dijo á su esposo:

—Le parecerá á usted mentira encontrarse otra vez entre personas de su misma clase, ¿no es verdad, Roberto? ¡Son tan sosas y desabridas las gentes de los pueblos!... ¿Qué diría su padre si se hubiese usted enamorado de una de esas bellezas rústicas que sólo saben cuidar á los po-

lluelos y mover, con más ó menos gracia, el soplador?

Dolorida, Rosa volvió á su habitación, donde, presa de la terrible angustia de la duda, rompió en amargo llanto... Pero también supo aguantarse, toda vez que sabía la situación en que se debatían ella y su marido... y sólo imploraba á su virgen que le concediera la divina merced de arreglarlo todo pronto, muy pronto para no sufrir más en su apenas iniciada ruta de la felicidad...

A la noche siguiente, la desairada Rosa tuvo la abnegación de sonreír, tragándose las lágrimas que la dignidad humillada y el amor escarncido por Jenny hacían subir á sus ojos... Y sonrió cuando Roberto, dándole las más extensas explicaciones, la dijo que debía abandonarla hasta la madrugada pues no le fué posible sustraerse al ruego de su padre de conducir á las Penfield al teatro. ¡Todo ello era necesario sufrirlo hasta que llegase el momento de revelar la verdad!

¡Cuán lento transcurre el tiempo cuando aguardamos á la persona amada, cuya ausencia lastima el corazón y excita nuestros celos!

Rosa había oído dar, desde las diez hasta las dos de la mañana, todas las horas, y el imponente tañido de las campanas del reloj de una iglesia vecina, le llenaron el alma de inquietud. Como la noche anterior, salió de su habitación, bajó hasta encontrarse frente á la biblioteca, y viendo en ella luz, supuso que Roberto había regresado ya, probablemente en aquel momento. Pero en la biblioteca había dos personas: eran estas Roberto y Marcelo. Habían entrado allí, al salir del teatro, mientras Jenny y su madre esperaban en el auto, afuera, porque Marce-

lo, so pretexto de coger un libro, quería decirle lo que sigue á su futuro cuñado:

—Roberto, tengo un apuro... Me encuentro en descubierto con el Banco y, como no quisiera que mi madre ni Jenny se enterasen, te ruego que me prestes mil libras esterlinas por algunos días...

Precisamente en este instante apareció Rosa ante los dos hombres, y quiso pasar desapercibida, retrocediendo cuando ya era tarde, al ver que Roberto no estaba solo.

Lejos de enojarse por tal incidente, Roberto abrazó á su esposa y se la presentó á Marcelo. La sorpresa de éste no podía calificarse: ¡Casado! ¿Y su hermana, entonces? ¡Adios, esperanzas!

A continuación, Roberto exclamó á Rosa:

Perdóname, querida, pero tengo que acompañar á Jenny hasta su casa... Volveré antes de una hora.

—¡Ah, Roberto, qué torpeza la mía! Creí que estabas solo...

—No te preocupes, mujercita... no sucederá nada malo...

Cuando estuvieron de nuevo solos, Roberto, figurándose la impaciencia con que debían esperarle en la calle Jenny y su madre, se apresuró á reunirse con ellas, pero antes participó á Marcelo:

—Aguárdame aquí, Marcelo. A mi regreso te extenderé un cheque por la suma que precisas... En pago de este servicio, prométeme que no revelarás á nadie el secreto de mi casamiento hasta que yo se lo haya confesado á mi padre...

Marcelo volvió en parte de su asombro al oír que á lo menos el dinero pedido no se le esca-

paba... y eso ya era un consuelo momentáneo.

—¡Cuenta conmigo...—replicó vivamente.—
Pero, mira...: ya que te vas á tomar la molestia de extender el cheque, ¿no te sería lo mismo poner dos mil Libras en vez de mil?

Roberto consideró preferible aceptar el sablazo, á decir á Marcelo el concepto que le merecía...

*
*
*

Marcelo, decidido á poner en práctica su habilidad de hipócrita, por no perder la ocasión de ser cuñado de Roberto, aprovechó la corta ausencia de éste para hablar con Rosa y referirle tal cúmulo de embustes é inexactitudes, que la indujeron á adoptar una resolución desesperada.

Roberto volvió al poco rato.

—Espera un momento, Marcelo que voy á extenderte el cheque.

Encima de la mesa de su despacho le esperaba una sorpresa: una carta de Rosa. Con gran ansiedad Roberto leyó su contenido. ¡Fatalidad! ¡Rosa se había marchado! En su escrito le daba estas explicaciones:

«.....Ahora me lo explico todo y, tristemente desengañada y convencida de que para ti sólo soy un obstáculo molesto interpuesto en la senda de tu vida, he decidido marcharme. No trates de buscarme, y olvida para siempre á

Rosa»

Roberto no acertaba á comprender la razón que había inducido á Rosa á abandonarle y se le partía la cabeza con el continuo choque de las más absurdas hipótesis.

Violentamente agitado, reunióse Roberto con Marcelo, á quien preguntó:

—¡Mi mujer se ha marchado!... ¿La has visto tú salir?

—¡Yo... no!... Pero, ¿por qué se ha marchado?

—No lo comprendo... no lo comprendo...! Evans!... ¿Has visto á la señora?

—¿A su esposa?... ¿No está en su habitación?... ¡Ah! yo no sé nada...

—Tal vez se haya ido á su casa—añadió Marcelo—¿Dónde vivía?

—En Welisville... á unos 60 kilómetros de aquí... ¡Es probable que hayas dado en el clavo! Iré á su casa en mi automóvil y procuraré llegar antes que ella, que ha debido tomar el tren.

Marcelo vió partir en loca carrera á Roberto, y en su rostro inalterable dibujóse un reflejo de su alma ruín...

*
*
*

Empezaba á amanecer cuando llegó Roberto á la modesta casa de la tía de Rosa. La buena mujer se asustó, como era de suponer, y con voz trémula contestó á las precipitadas preguntas de Roberto.

—¡No! Aquí no está... ¡Pobre sobrina mía!... Pero ¿qué ha ocurrido?

—Ya se lo explicaré todo... Ahora voy á regresar por el otro camino, á ver si me encuentro con ella... ¡Si usted sabe algo, avíseme!

Como la niña llorosa busca el regazo materno así volvió la desdichada Rosa al lado del único amor verdadero que había conocido en su vida.

¡Recuerdos destrozados, esperanzas marchitas, ilusiones truncadas!... ¡Cuán amargo y profundo era su dolor!

—Hija mía, Rosa querida, ¿qué te ha suce-



Y las dos mujeres, con hondo pesar y distinto motivo, lloraron....

dido?

—¡Ay, tía de mi alma! ¡Quién me diera morir!... Sus íntimos amigos me dijeron que yo era para Roberto una carga pesada, causa de su ruina y de su perdición... ¡Por eso huí de su casa!

—¿Comprobaste tú la exactitud de esas palabras? ¿Como te recibieron sus parientes?

—No he sido presentada... Sus amigos han sido crueles, pero me han revelado la verdad. ¡No le digas, por Dios, que estoy aquí! Huyamos... Refugiémonos en un sitio donde nadie nos conozca, y donde él no pueda encontrarme jamás!

—Se hará tu voluntad, hija querida. No llores... Viviremos la una para la otra, y Dios no nos abandonará.

—Si, tía, solo te tengo a tí en la vida... No llores, tía... no quiero que llores... ¡y tengo tantas ganas de llorar!...

Las dos mujeres, cuyo mutuo cariño era inmenso, bañaron sus rostros en sus amargas lágrimas que brotaban juntas como arrancadas de un mismo corazón.

Cansado de buscarla inútilmente y convencido de que Rosa le había abandonado sin motivo, no pudiendo sospechar la infamia de Marcelo, Roberto había entablado demanda de divorcio. Cierta día, el abogado de su padre, Enrique Búrton, tuvo la satisfacción de comunicarle:

—Roberto, el Tribunal de Divorcio ha decretado hoy el suyo. Gracias a mis gestiones, el expediente se ha tramitado con rapidez...

El recuerdo de Rosa, su amor puro, desinteresado, sumió á Roberto en honda tristeza y se

preguntó una vez más: «Por qué me abandonó? ¿Qué poderoso motivo la dí yo para obrar como lo hizo?»

El abogado prosiguió:

—Ahora, amigo mio, no vuelva á acordarse más de esa mujer. En realidad, esto ha sido una suerte para usted, porque su padre le habría desheredado, y... ¿valía tanto como para renunciar por ella á la familia y á la fortuna?

Roberto, que á pesar de no saber explicarse el verdadero motivo de la fuga de Rosa la había tenido irremisiblemente en el más alto concepto y no podría permitir á nadie el más leve insulto, contestó, casi interrumpiéndole, al abogado:

Su pregunta de usted equivale á esta otra: ¿Cuánto vale una mujer? Y yo respondo: Si el marido y la mujer se quieren de verdad, la mujer es sinónimo de hogar, y, entonces... entonces vale una carrera... fortuna... honor... ¡TODO, en una palabra!

La vehemencia de Roberto contrastó con la pasividad del abogado, que optó por callarse.

Humillada y herida en su amor propio, pero con el corazón todavía pujante y valeroso, Rosa buscó, con su tía, refugio en otra ciudad.

Una tarde Rosa regresó más animada que nunca á su humilde y honrado hogar, y sorprendió así á su tía:

—Todo nos va saliendo bien, tía. El Señor nos protege, como usted esperaba. ¡Mañana empezaré á trabajar en la fábrica!

Con esa sana satisfacción de un corazón sin mácula, el Destino quiso comparar la fastuosidad de una nueva boda, en cuya fiesta, más que real

el ¡jolgorio era absolutamente convencional. Los novios, ¡oh ironía! eran Roberto y Jenny Penfield.

Roberto, embotados sus sentimientos por la brusca pérdida de su primer amor, se dejó vencer por las súplicas paternas y se entregó á la codiciosa Jenny.

Este casamiento á todos complacía menos á Roberto. Representaba para Jenny y su madre, el bienestar para siempre;... para Marcelo, la seguridad de encontrar una caja abierta todo el año... y para el padre del novio, la suprema dicha de haber emparentado su hijo con una familia de muchos títulos.

*
**

Al cabo de algunos meses.

Rosa, segura de ello, ya no pudo disimular á su tía su estado... Para decirselo, la enseñó un libro de familia en la página en que estaba inscrito su nacimiento. Y la tía, comprendiendo, miró con ojos extraviados á su sobrina del alma, y en un impulso de compasión, la atrajo contra su pecho, la cubrió de besos y, al fin, sin poderlo remediar, desahogó su pesar en quemante llanto.

—¡Hija mía!—la decía—¿qué será de tí sin el calor de un hombre que te sirva de sostén?

—¡Vaya! No te apures, tía—contestóla Rosa, que no lloraba—¿no te tengo á tí.... y á Dios? Vamos, mírame: ¿no ves cuán tranquila estoy? Será mi hijo... y no le faltará nunca nada porque todo se lo podremos dar nosotras, ¿no es verdad, tía?

—Si; tienes razón; mira, ves, ya soy otra. Desde hoy trabajaremos más aún. Así, cuando venga el angelito, le recibiremos cual merece.

Mientras Rosa devolvía el libro de nacimientos á la cómoda de donde lo sacó, la tía, que se había puesto á silbar para repeler los embites de dolor que subían hasta su garganta y sus ojos rojizos, no pudo, al quedarse sola en la habitación, seguir disimulando, y, haciendo un esfuerzo, reuniendo todas sus energías por silbar, cubrióse desesperadamente el rostro con sus manos para prorrumpir en el más amargo llanto de su vida. Su corazón no podía resistir friamente tantas emociones; había sufrido tanto que lloraba porque sentía que á otro corazón, el de Rosa, le cupiera la misma suerte que al suyo infortunado...

Su dolor era bárbaro, de sacrificio, de nobleza incomparable...

Entretanto, también Jenny se había visto precisada á consultar al médico de la familia por idéntico motivo que Rosa. El doctor la dijo:

—Debe usted hacer vida retraída é higiénica, alimentación sana, paseos al aire libre, nada de reuniones ni bailes...

—¡Cómo! ¿Renunciar yo á la vida de sociedad, y á mis fiestas y diversiones favoritas durante meses y meses? ¡Eso, de ningún modo!

—Señora, yo me limito á aconsejarla, poniendo á contribución mi ciencia y experiencia, y en su propio interés... Ahora, usted puede hacer lo que le plazca...

Roberto entró en ese momento en la habitación donde estaban el Doctor y Jenny. Se acercó á ésta, que reflexionaba las palabras del doctor, y como quiera que habiéndolo oído todo la rogase siguiera los consejos del doctor, ella, irritada, pensando en la probable deformación de sus *gracias vanidosas*, se rebeló á la idea de

tener que quedarse en casa durante el período del embarazo, y aunque ello le pesara, dijo á Roberto, nerviosa y autoritaria:

—¡Yo me marchó á la montaña! ¡Por nada de este mundo me avengo á permanecer en esta casa ni en ninguna otra de la ciudad!

Pasó algún tiempo.

Y he aquí que un día una horrible sorpresa esperaba á Rosa al volver á su casa... ¡Su tía estaba muerta! El exceso de trabajo y la escasez de los alimentos habían debilitado sus tan escasas fuerzas de tal modo, que no hubo manera de volverlas á reanimar, hasta que, acicateada más por el sufrimiento moral que por el material, quedóse dormida para siempre en un sillón frente á una mesita, donde había esparcidos recuerdos del hombre amado que la desgracia le arrebatara el día en que debía unirse á él.

¡Bienaventurados los que no amaron más que una vez, y conservan de ese amor imperecedero recuerdo!

Poco después, Rosa, auxiliada por almas caritativas dió á luz un precioso bebé. Sola y abandonada en todo el mundo, Rosa encontraba, no obstante, un manantial de consuelo en su tierno hijo...

Pronto se agotaron los recursos...

La portera de la casa de la que Rosa ocupaba un cuarto de reducidas dimensiones, fué á visitarla para reclamarle, de parte del casero, el importe del alquiler atrasado.

Rosa sabía á lo que venía la portera y trató de conmovierla enseñándole su querubín adorado.

—¿No es cierto que está hecho un verdadero

encanto dentro de esas mantillas?

—No lo niego... pero antes que gastar en esos lujos, debiera usted pagarme el alquiler del cuarto, que ya me debe usted seis semanas.

—Tal vez tenga usted razón, pero... ¡disfruta tanto una madre acicalando á su hijo!

—Si, pero entretanto, el casero me mandará que la ponga á usted en la calle y, por otra parte, no tendrá usted qué comer y no podrá criarlo...

—Eso también es cierto...

—Y si no se decide usted á confiárselo á alguien que cuente con recursos para criarlo, se le morirá.

¡No! ¡Eso de ningún modo!... ¡Pero yo no tengo corazón para renunciar á las caricias de mi hijo!...

—¿Por qué no? ¡Muchas lo hacen! ¿No ve usted que es por su bien?... Mire, no hace mucho han venido á vivir cerca de aquí, en una lujosa quinta, unos señores ricos, y tal vez quieran prohibirlo... Es un caso de conciencia... hable usted con ellos.

—No, no...

—¡Medítelo usted bien, mujer! ¡Piense más en él que en usted!

Las palabras de la portera causaron profundo efecto en el ánimo de Rosa...

Como consecuencia de sus reflexiones, torturada por la idea de que su hijo muriese de inanición, la desdichada Rosa decidióse á llevarlo á la casa de los señores ricos.

Un criado la vió llegar por el jardín y siguió atento sus misteriosos movimientos.

Al llegar Rosa frente á la casa y al disponerse á descansar antes de decidirse á entrar, el criado

supuso que quería abandonar allí á la criaturita que llevaba en brazos y la detuvo, obligándola á seguirle y conduciéndola ante el doctor de la casa, á quien manifestó:

—Señor Doctor, he sorprendido á esta mujer en el momento en que se disponía á depositar su hijo sobre un peldaño de la escalinata...

—No, no; yo no iba á hacer tal cosa... Yo sólo quisiera que alguien se encargara de mi hijito hasta tanto que yo, con mi trabajo, haya pagado mis deudas y esté en condiciones de alimentarlo. Pero abandonarlo para siempre, ¡oh no! ¡Nunca!

—No se apure usted... José, dígame á la nodriza que venga... Tome, Maria; encárguese de este niño. Luego le daré instrucciones... ¿Qué tiempo tiene su hijo, señora?

—¡Sólo tiene mes y medio, doctor!

—No tema usted separarse de él durante algunas semanas, que aquí estará perfectamente atendido.

—¡Pero ha de prometerme que me lo devolverá cuando yo se lo reclame y que me lo cuidará mucho...!

—Aquí no le faltarán los cuidados que precisan... Mire, Maria, como la señora no ha cesado de delirar, no es posible que se haya dado cuenta de que hace dos días falleció su hijo, no advertirá que lo sustituimos con éste, hasta que se restablezca y se le pueda dar la noticia... ¿Está usted pues conforme en dejarnos á su hijito hasta que yo la avise, señora?

—¡Dios mío! ¡Estoy arrepentida! ¡No quiero dejarlo!...

—Está bien; haga usted lo que guste; pero debo decirle que se le morirá probablemente, porque ese niño necesita una nodriza y los cui-



¡Dios mío! ¡Estoy arrepentida! ¡No quiero dejarlo!...

dados de un médico... y aquí tendrá ambas cosas.

La nodriza la dió ánimos, diciéndola:

—No se apure usted, mujer, que se lo cuidaré como si fuera mio propio.

Convencida al fin, entre el doctor y la nodriza, Rosa les dejó su hijo.

El doctor, antes que ella saliera de la casa, la entregó dinero, que ella rechazó:

—Se lo agradezco mucho, doctor, pero no lo necesito. Si usted me cuida mi hijo, yo puedo trabajar para ganarme la vida.

El sacrificio había sido grande y, arrastrando su acerbo dolor, volvió lentamente Rosa á su humilde casuca.

¿Fueron los Hados ó la mano de Dios quien guió á Rosa á aquella casa sin poder sospechar que fuese la de Roberto? Porque en efecto había sido á la quinta de Roberto y Jenny á la que Rosa había ido á llevar á su hijo.

El doctor, así que llegó Roberto á la quinta, le enteró de la escena con la madre pobre.

—...Se negó á dar su nombre, pero, al fin, dejó el niño... Yo temia por la vida de su esposa, si llegaba á conocer, durante su gravedad, la terrible noticia de la muerte de su hijo...

—¿Recompensó usted bien á esa madre?

—No aceptó dinero.... Sólo rogóme que su hijo fuese bien atendido...

Al cabo de algunas semanas, Jenny se había repuesto por completo; pero el doctor se convenció de que no había acertado suponiendo que ella sólo debía desear restablecerse para vivir únicamente para su hijo, pues desde el primer momento dió muestras de una gran indiferencia hacia él, confiándolo a los otros.

Roberto, que confiaba en el tierno ser para que Jenny despertara á las sagradas obligaciones del hogar, de las que hasta entonces no había demostrado tener la más infima noción, observó más que nunca á su esposa, y no notando en ella cambio alguno, trató de inclinarla hacia el deber que la reclamaba. Así, por ejemplo la dijo una vez que ella iba á salir con una amiga, cuando sólo hacía tres días que se levantó del lecho:

—¿No vas á ver al nene, Jenny?

—No, chico; no tengo tiempo de entretenerme ahora en ver al niño, pues me voy con Margarita á jugar una partida de «bridge».

—¿No sería más natural, Jenny querida, que prestases más atención á tu hijo, y alguna menos á esas vanas distracciones.

—¡Pues qué! ¿Quieres que me constituya en niñera de mi hijo?... ¿Para qué, entonces, le hemos puesto una nodriza?

—Está bien, mujer; puedes marcharte... á jugar al «bridge». Yo creí que te gustaría más.... jugar con tu hijo.

—Luego, Roberto... ¿no hay tiempo para todo?

Entretanto Rosa trabajaba con tesón, en la fábrica y en su casa, atenta sólo á hacer economías para después atender á la crianza de su pequeñuelo, el cual ni un solo instante se apartaba de su pensamiento.

Roberto no había renunciado á la esperanza de que en el corazón de Jenny germinase un vestigio siquiera de amor ó de afición hacia su hijo, hasta que cierta noche la perdió por completo al tener con ella esta escena, cuando Marcelo y el abogado, que demostraba, aunque ello

le pasaba inadvertido á Roberto, mucho interés por ella, fueron á buscarla para conducirla en auto á la ciudad y llevarla á algún teatro.

—Pero mujer, ¿no puedes quedarte en tu casa con tu marido y tu hijo?

—Siempre la misma cantinela: ¡que me quede en casa! ¡Que me quede en casa! ¿No comprendes que como tú jamás me sacas de ella, otros tienen que hacerlo?

—Mira, no lo decía tanto por mí, como por el niño...

No le valieron indirectas á Roberto, pues Jenny partió con sus acompañantes...

Ante la cuna vacía, sentía siempre Rosa la nostalgia de su amado hijo... Y aquella noche, la idea de que su hijo la olvidase, de que no le tendiera sus bracitos al volver á verla, anuló en ella toda reflexión y se dirigió hacia la quinta para verlo...

Roberto, por su parte, recibía en su casa al doctor:

—Doctor, le he mandado llamar para manifestarle que ya es hora de decirle á mi esposa la verdad sobre el niño. No es cosa de seguir así toda la vida...

—Tiene usted razón, y no tema usted que la impresión la dañe, pues á la vista está que, á pesar de creer que es su hijo verdadero, no le hace caso alguno...

—¿Y son iguales todas las mujeres, doctor? ¿No queda una siquiera que posea instinto y corazón de madre amante?

—¡Al contrario, Robertol! ¡Hay millones! La excepción es su esposa... forzoso me es decirselo...

Rosa llamó á la puerta de servicio y salió á

abrirle el mismo criado que unas semanas antes la condujo ante el doctor:

—¿Qué quiere usted buena mujer?

—Señor... ¡por caridad!... déjeme ver á mi hijo... ¡aunque sea sin que se enteren los amos! ¡Que yo le tenga en mis brazos y goce de sus sonrisas aunque sólo sea un minuto!

—¡Pobre madre! Comprendo su ansiedad y voy a complacerla en lo que de mí depende. La nodriza acaba de bajar... suba usted con sigilo... la primera puerta á la izquierda... Dése usted prisa, antes que regrese la familia...

Rosa siguió las indicaciones del buen criado y al poco rato gozaba el deleite supremo de su vida, besando á su hijito.

De pronto alguien la sorprendió. ¡Era Roberto!

La sorpresa que ambos recibieron es inenarrable.

Rosa palideció como muerta.

—¡¡Rosa!... ¿Qué haces aquí... con ese niño en brazos?

—¡Este niño es mi hijo!

—¿Tu hijo? Entonces...

—¡Sí, Roberto... *nuestro hijo!*

—¡Oh, Rosa de mi vida! ¿Qué significa esto?

—¡Aparta! ¡No me toques! Si yo hubiera podido sospechar que esta casa era tuya, hubiese preferido morir de hambre con él, que introducirle en ella!

—Pero Rosa, ¿por qué me abandonaste? ¡Jamas pude explicármelo... Te busqué por todas partes...

—¡Mientes! Me enviaste dos amigos tuyos con orden de decirme que yo era un gran obstáculo en la carrera de tu vida, y de ofrecermelo dinero

para que te dejase el campo libre. Huí para no estorbarte; murió mi pobre tía, y, cuando más sola y desamparada me encontraba en el mundo, nació este pobre niño....

Jenny, de regreso á su casa con su hermano y el abogado, fué cortésmente requerida por el doctor, y éste la refirió la verdadera historia del que ella creía su hijo...

Al terminar el doctor, Jenny le repuso, fría:

—Doctor, esa triste historia será todo lo interesante que usted quiera, pero á mi, la verdad, no logra conmoverme... ¡Me es igual!

Rosa y Roberto aparecieron en este instante; aquélla vió á Marcelo y al abogado, quienes antes que pudieran ocultarse, fueron descubiertos por ella á Roberto:

—¡He ahí á los dos amigos que me enviaste para que me dijeran lo que te he referido!

—¡Ah! Roberto comprendió. Cegado por la rabia de la venganza, arremetió violentamente contra los dos infames ajustándoles en parte la cuenta que merecían, pues el Doctor, oportunamente, se interpuso á favor de Roberto, encargándose él mismo de hacer las reflexiones y amenazas debidas á los dos miserables.

Roberto tuvo esta última explicación con Jenny:

—¡Aquí se ha cometido una gran injusticia! Entre tu hermano y Búrton hiciéronme creer que mi primera mujer me había abandonado porque no me quería cuando ellos mismos la echaron de esta casa! ¡Y mientras tú y yo hemos desempeñado esta comedia de vil matrimonio, ella tuvo que trabajar para ganarse honradamente la existencia...! Yo me casé contigo acatando la voluntad de mi padre.... ¡Pero, desgra-

ciadamente, él ha muerto ya!... Y tú, por otra parte, nunca me has dado pruebas de cariño...

—Tuya ha sido la culpa, Roberto; ¡porque no me has sabido comprender!

—Pues bien, sea por lo que sea, el hecho es que no me quieres y hay otra que me adora... ¡y con ella me marchó! Obrar de otra manera, bien lo comprenderás que sería necio... Para que me facilites el divorcio, te daré cuanto me exijas... ¡todo cuanto poseo, si es preciso!... ¡Rosa lo vale todo!

Sin dejarla tiempo para contestar, Roberto salió en persecución de Rosa, que se había marchado durante su explicación con Jenny.

Roberto la encontró sentada al borde de la avenida del jardín, estrechando á su hijito contra su agitado pecho.

El, sincerándose, la imploró:

—¡Por Dios, Rosa...! ¿No me crees...?

—¡Roberto, Roberto mío! ¡Dios oyó las plegarias de una madre infeliz, y te trajo de nuevo á mi regazo!

Jenny se consoló.... El abogado sabía dirigir con consumada pericia sus asuntos... y no le era desagradable. Pero el Doctor, que al fin *lo veía todo muy claro*, se propuso denunciarlo á la justicia...

Removidos todos los obstáculos que se interponían entre ambos, Roberto y Rosa fueron felicísimos en unión de su hijo....

Y un día, un caminante, al pasar por delante de una ventana que dejaba al descubierto el interior de la casa, vió una dulce escena de hogar, y oyó que el compañero decía á la compañera que amamantaba un niño:

¡Rosa, cada vez me afianzo más en mi opinión de que la mujer que como tú es buena esposa y buena madre no tiene precio... porque todas las riquezas del mundo no bastan para pagarla!

El caminante sonrióse y prosiguió su camino murmurando:

—Amaos... la vida es corta ¡Dichoso aquel que conoce la dulzura del buen amor!

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa